

devoto de Juana la de Lorena y admirador y discípulo de Voltaire». En el poder y en las Cámaras, el lenguaje de los republicanos moderados era siempre conciliador y firme. Cuando se discutió en el parlamento el presupuesto de Cultos de mil ochocientos setenta y ocho, los partidarios de la teocracia aprovecharon la oportunidad de hacer ostentoso alarde de sus ideas. «Francia, les contestó Julio Guichard, es religiosa; pero lo es en los límites de la libertad de conciencia: respeta al sacerdote en el ejercicio de su ministerio; mas ve con disgusto que se sale de él para invadir el campo de los asuntos políticos y civiles».

La campaña de los reaccionarios, en mil ochocientos setenta y siete, no había tenido buen éxito sino en el punto de convencer al país, gracias á los esfuerzos hábiles de Broglie y á los brutales de Fourtou, de que el litigio estaba circunscripto al mariscal MacMahon y á Gambetta. Terminada la lucha, preguntábase las gentes con curiosidad cuál sería la conducta del vencido y cuál la del vencedor. Los hechos no tardaron en responderles. El vencido se resignó á conservar el poder, consintiendo implícitamente en dejar el gobierno á los republicanos. En cambio, el vencedor, después de haberse oscurecido modestamente en presencia de Thiers, se había oscurecido más modestamente aún delante de Julio Grevy, no queriendo figurar como candidato á la presidencia de la República ni á la presidencia del ministerio, ni dirigir siquiera oficialmente la mayoría de la Cámara. Su popularidad era grandísima en la nación, lo mismo en las nuevas clases, cuyo advenimiento había saludado, que en la clase media instruida de las ciudades, tanto grandes como pequeñas; su influencia preponderaba en el grupo parlamentario á que pertenecía, en todas las izquierdas de la asamblea y del senado, en el gabinete mismo; y, sin embargo, no era más que un diputado, individuo y presidente de la comisión de presupuestos. El jefe reconocido indiscutible de la democracia republicana permanecía en las filas, por su voluntad primeramente y después por la desconfianza de sus competidores y los celos de los republicanos más radicales, más impacientes ó de ideas menos prácticas; pero en las filas como en la oposición, y como más tarde en el poder, no tuvo á nadie delante, debido á su inteligencia, á su aplicación, á su actividad, al impulso que imprimió á los trabajos, informaciones y estudios de la comisión de presupuestos, á la franqueza con que planteaba las cuestiones más espinosas, buscando siempre la solución más democrática y velando sin descanso por la defensa de los derechos del Estado, y, principalmente, á poseer y desplegar todas las cualidades del verdadero hombre de gobierno. Durante las vacaciones parlamentarias de mil ochocientos setenta y ocho, Gambetta se puso en contacto con los electores, no desperdiciando ocasión de manifestar las simpatías que profesaba al ministerio y el respeto que le merecía el «ilustre Dufaure». Los magníficos discursos que pronunció en Romans, en Grenoble, en París, convirtieron la atención pública y la solicitud de los gobernantes á los problemas que, en sentir de

orador, se imponían á la democracia en aquella por él llamada segunda fase del partido republicano. En Romans, los examinó todos sucesivamente. «El partido republicano, dijo, después de haber sido un partido de ataque y de revolución, debe ser en esta segunda fase, en esta nueva etapa, un partido de gobierno, de orden y de consolidación. El primero de sus deberes es el respeto á la constitución, imperfecta, sin duda, como toda obra humana, pero que ha sido bastante eficaz para proteger á Francia contra los criminales designios de aquellos que querían apelar á la fuerza para derribar el edificio levantado por la necesidad pública. Si el magistrado, continuó, á cuyo cargo corre la custodia de la constitución, se sustrajese á su mandato, no transcurriría una hora entre su retirada y su reemplazo; porque el sucesor está designado de antemano y no encontrará en ningún lado competidores personales. Mejor será, sin embargo, agregaba, que el presidente ejerza sus funciones hasta el límite de su poder; no se le pide más sino que pruebe la estabilidad de las instituciones republicanas, conservando su cargo hasta la expiración del término legal. Tampoco se exige del gobierno, proseguía, nada que no sea posible y realizable.

Gambetta, en el discurso referido, excitó al ministerio á completar la obra de reforma administrativa, que tan bien había comenzado. Esta parte de la tarea era la más fácil, en su opinión. Evidenció después la necesidad de poner al ejército, «la flor y la fuerza de Francia», cuyo elogio hizo en términos entusiastas, fuera de la arena de los partidos y por encima de las diferencias políticas: «Es sensible, exclamaba, que algunos jefes de ese ejército, que deberían refugiarse en el retiro y en el olvido, se señalen por demostraciones que los clasifican entre los enemigos del régimen vigente: no es posible dejar incumplidas más tiempo las leyes votadas por la Asamblea nacional, según las que los altos mandos militares deben renovarse periódicamente.» Abogó también por la inamovilidad de la magistratura, como baluarte del Estado, del ciudadano y del juez. Se detuvo en mostrar los progresos del espíritu «clerical, vaticanista, monástico, sillabista», las usurpaciones de los cuatrocientos mil religiosos, que constituían, según él, el verdadero peligro social y que, en mil ochocientos cuarenta y nueve, en mil ochocientos cincuenta y en mil ochocientos setenta y cinco, habían puesto su mano en la enseñanza por medio del jesuitismo, «que sube siempre cuando la patria baja»; pero protestó de su respeto al clero secular, «más bien oprimido que opresor», demandando solamente que se le aplicaran las leyes, todas las leyes, sin excepción ni privilegio de ninguna clase. Quería que se apasionasen «todos los diputados republicanos» en favor de la educación, y trazó un programa amplio y patriótico de primera enseñanza, un programa práctico de segunda enseñanza y un programa excelente de enseñanza superior: las dos últimas habían de estar confiadas exclusivamente á la Universidad, «asilo tutelar del espíritu». En fin, reclamó para los trabajadores la asistencia del Estado, limitada al desarrollo de los me-

dios de comunicación, y declaróse partidario de una política mercantil que descansase en la libertad, y de una política financiera basada en la reducción posible de las contribuciones y en la supresión de las malas: verificando una evolución inesperada, combatió resueltamente el impuesto sobre la renta.

El discurso de Romans sonó, sin duda, desagradablemente en los oídos del mariscal Mac-Mahón. El presidente de la República profesaba algún afecto á Dufaure, por sus sentimientos religiosos, por su rectitud y, quizá, por su odio á la democracia; apreciaba también á León Say y á Duclere, por los servicios que habían prestado á la Hacienda pública; mas, aparte de estas excepciones, miraba á los republicanos, en general, como demagogos. No asistió al cabo de año de Thiers, y esta abstención, aunque conforme á los usos establecidos, fué objeto de comentarios desfavorables. Estuvo siempre prevenido contra Julio Simón, aun antes de demostrarle tan violentamente su desconfianza en Mayo de mil ochocientos setenta y siete, y su actitud constante respecto á Gambetta patentizó que Broglie y Fourtou habían interpretado sus secretos sentimientos, poniéndole personalmente enfrente «del dictador de Burdeos y orador de Belleville». Gambetta, presidente de la comisión de presupuestos, no fué invitado una sola vez á las recepciones y banquetes del Eliseo, y Mac-Mahón no quiso prestarse de ningún modo á los deseos de Duclerc, que pretendía provocar una entrevista «casual» entre ellos. El entusiasmo de Gambetta por el ejército y el celo con que atendía á su reorganización, eran como puente tendido entre el magistrado supremo de la República y el jefe efectivo de los republicanos: el mariscal rehusó obstinadamente poner el pie en él.

En el acto de declarar cerrada la Exposición de mil ochocientos setenta y ocho, Mac-Mahón representó dignamente á su país ante el solemne concurso de pueblos y soberanos. El discurso que pronunció, obra personal suya, distinguióse por su tono digno y elevado. El mariscal ensalzó, con legítimo orgullo, «la solidez del crédito público, la abundancia de los recursos, la paz de las ciudades, la tranquilidad de las poblaciones, la instrucción y marcialidad del ejército, ya reconstituido», y al concluir, dirigió un llamamiento caluroso «al espíritu de concordia, al respeto absoluto de las instituciones y las leyes, al amor ardiente y desinteresado de la patria».

Cuando reanudaron las Cámaras sus tareas, algunos días después de distribuidos los premios á los expositores, Dufaure hizo uso de la palabra en la asamblea de diputados con motivo de los debates que suscitara la elección de Fourtou. Este último, en vez de defender su acta, atacó á los republicanos con la audacia fría, tranquila, mortificante, que era la característica de su oratoria. Todos esperaban una respuesta fulminante de Gambetta; mas no fué el fogoso tribuno quien se levantó á hablar, sino el presidente del gobierno, y su discurso tuvo el alcance de un acontecimiento político. El ministro de Justicia, expresándose con mucho más vigor que de ordinario, rehizo el proceso del

diez y seis de Mayo, justificó á su administración del cargo de presión oficial que Fourtou le dirigiera, reproche ciertamente extraño en sus labios, y á la interrogación del orador de la derecha, «¿Cuál es el gobierno que representáis?», contestó, entre las aclamaciones de toda la mayoría: «Vosotros, que os dirigís á mí para preguntarme que qué es lo que representamos, ¿queréis decirme cuál programa es el vuestro? Hay en nuestras Cámaras, como hay en la prensa, un partido sin nombre..... que no puede encontrar nombre ni programa, que es fuerte por el talento de los que le dirigen, que es capaz de crear obstáculos graves á todos los gobiernos que ejerzan el poder, que los crearía, si volviessen, al gobierno imperial, al gobierno de la restauración, que los crea hoy al gobierno de la república. He ahí el partido á que pertenece el digno Fourtou..... En cuanto á nosotros, señores, decimos muy sinceramente lo que somos. Nuestro nombre es conocido. Somos los representantes de ese grupo liberal que, desde mil ochocientos catorce, ha tenido órganos en nuestras asambleas hasta en mil ochocientos cincuenta y uno, y aun después..... A esos principios liberales que nuestros padres nos han legado, adaptamos la forma de gobierno republicana, tal como la ha establecido la constitución de mil ochocientos setenta y cinco.»

Este discurso, pronunciado el diez y nueve de Noviembre, era un verdadero programa para las próximas elecciones senatoriales, que debían verificarse el cinco de Enero próximo. Los conservadores y los republicanos iban á ellas en condiciones muy distintas. Las divisiones de los primeros eran más hondas cada vez. Para ocultarlas, la derecha senatorial publicó un manifiesto colectivo, en que confundía á todos los republicanos en la misma acusación de radicalismo, anunciando que, si el país les daba sus sufragios, se encontraría pronto con escuelas sin Dios, iglesias sin ministros, ejército sin disciplina, gendarmería sometida directamente á la autoridad civil y un impuesto nuevo y vejatorio sobre la renta. Las tres izquierdas del senado contestaron á este manifiesto con una declaración redactada en términos mucho menos ampulosos, donde decían á los electores que estaba pendiente de su voto la armonía de los poderes públicos; que la república había vencido á sus enemigos hasta el punto de obligarles á echar mano de la calumnia; que era menester elegir entre dos políticas, la política constitucional republicana y la política sin nombre, sin franqueza, que no podía confesar su bandera, porque tenía tres, ni su pensamiento, porque sólo era capaz de ofrecer al país la revolución y la guerra intestina. Los electores quedaron debidamente advertidos. Para acabar de desvanecer sus dudas, el conde de Chambord escribió á Mun: «Si Francia ha de salvarse, es preciso que Dios reine en ella como dueño: sólo así podré reinar yo como rey.» Estas palabras, que brindaban á la Francia de mil ochocientos setenta y ocho con la perspectiva de una monarquía teocrática, habrían bastado por sí solas para asegurar el triunfo de la república. Al verificarse las elecciones, resultó, pues, lo que era de presumir, esto es, que

los candidatos de las derechas experimentaron una espantosa derrota. De ochenta y dos puestos vacantes, los monárquicos conquistaron diez y seis y los republicanos sesenta y seis: de treinta y siete departamentos, llamados á votar, sólo en siete la mayoría fué favorable á la reacción: en las Landas, los republicanos reunieron casi tantos votos como sus contrarios. Esta victoria, realmente decisiva y que sobrepujó las esperanzas de los más optimistas, fué el verdadero desquite del diez y seis de Mayo, y, como el catorce de Octubre, los bonapartistas recibieron los golpes más rudos. La izquierda contaba ya en el senado con una mayoría de cincuenta á sesenta votos, como se vió en la elección de presidente. Martel reemplazó en este cargo al duque de Audiffret-Pasquier, á quien se hizo responsable de las vacilaciones y de los desfallecimientos del partido constitucional, que se descompuso totalmente, yendo sus restos á confundirse con la derecha ó con la izquierda, según sus afinidades.

Con el resultado de las elecciones de cinco de Enero, creábase una situación completamente nueva. Dos de los poderes públicos pertenecían en adelante á la república. El sufragio universal primero, el restringido después, sin lanzar de su puesto al mariscal, cuyo mandato no expiraba hasta mil ochocientos ochenta, le significaban claramente que era preciso tener más en cuenta la voluntad de la nación y los deseos de sus representantes. El consejo de ministros deliberó acerca de las concesiones reclamadas por la opinión y de las modificaciones que había que introducir en las leyes para armonizarlas con la república, definitivamente establecida, consignando sus acuerdos en un programa-declaración, al que el mariscal no opuso objeciones de ninguna clase, y que fué leído por Dufaure en el senado y por Márcere en la otra Cámara. Deseoso de cumplir las promesas contenidas en dicho programa, reforzado y completado por Dufaure en un discurso que pronunció el veinte de Enero en la asamblea de diputados, los ministros se dispusieron á dar á la mayoría republicana las «satisfacciones» que pedía, comenzando por remover el alto personal administrativo y militar desafecto á la república. No creían encontrar el menor obstáculo en el mariscal, que conocía los compromisos contraídos. Sin embargo, cuando, el veinticinco de Enero, León Say puso á la firma del presidente de la república un decreto destituyendo á elevados funcionarios del ministerio de Hacienda, el mariscal se quedó con el decreto, sin firmarlo, citó al ministro para el día siguiente y, reteniendo á su lado á Dufaure, después del consejo, le dijo: «No quiero firmar ese decreto; León Say es un ministro que se precipita; es menester no precipitarse ni hacer ejecuciones.—Es el ministro que llega antes que los demás, señor mariscal; eso es lo único que hay, respondió Dufaure. Contrajimos todos el veinte de Enero compromisos formales, y estamos resueltos á obrar en consecuencia.—¿Van ustedes, pues, á traerme los decretos de destitución á montones?—Cada uno tiene su lista, y puesto que nos hemos obligado á hacer á la opinión concesiones legítimas y necesarias,

no se oponga usted; esto sería tanto como mandarnos retirar, y los que nos reemplazasen propondrían á usted las mismas resoluciones.—Partire con ustedes.—Comprometería usted entonces más seguramente á los que quiere proteger». El mariscal se calló y, al día siguiente, devolvió, firmado, á León Say el decreto que tanto le disgustara. Era óbvio, sin embargo, que había adoptado su determinación y que sólo aguardaba el momento oportuno de ponerla por obra. No tardó en presentársele. A los dos días, en efecto, el ministro de la Guerra le propuso relevar á los comandantes en jefe de cinco cuerpos de ejército; el mariscal rehusó su consentimiento. Insistió el ministro, y Mac-Mahón cedió respecto á dos de los generales, mas en cuanto á los otros tres, se mantuvo inflexible: pronunció en tono firme, aunque triste, un largo discurso, y levantándose, al terminarlo, se retiró, estrechando la mano á los ministros que tenía más cerca. Los ministros, reunidos en consejo aquella misma noche, convinieron, por vía de transacción, en reponer á uno de los generales; el mariscal no se dió por satisfecho, y entonces Dufaure le ofreció su dimisión y la de todos sus colegas. El presidente de la República negóse á aceptar la renuncia del gabinete, declarando que no podría formar nuevo gobierno con individuos de la mayoría de la Cámara, y citó á consejo, para el día siguiente, en Versalles.

Desde el veintiocho por la tarde, había cundido en París el rumor de hallarse en desacuerdo el ministerio y el mariscal Mac-Mahon. La opinión, siempre alerta desde el diez y seis de Mayo de mil ochocientos setenta y siete, temía se tramase otro complot contra la república. El recelo era infundado. No se llamó al Eliseo al duque de Broglie ni á ningún otro monárquico. Durante dos días, el mariscal se encerró en una reserva impenetrable, no comunicando su decisión, con tenerla muy meditada, ni aun á las personas de su mayor intimidad. Las izquierdas del senado y de la Cámara, mejor informadas que el público, no desconfiaron un solo momento del resultado de la crisis, y no bien anuncióse ésta, se ocuparon en proveer á la vacante del poder supremo. El treinta de Enero, se presentó el mariscal en Versalles, donde ya estaban los ministros, y les entregó su dimisión, dirigida á los presidentes de una y otra Cámara. Su sustitución no promovió el más insignificante debate. Todos los republicanos estaban de acuerdo de antemano, y Julio Grevy fué elegido presidente de la República. Así, en medio de una paz y de un orden inalterables, se cumplió este cambio transcendental, que aun en las monarquías hereditarias suele producir perturbaciones y hasta guerras.

Dueños los republicanos de la primera magistratura, como ya lo eran de ambas Cámaras, y llamado Gladstone al poder en Inglaterra, inicióse entre este país y Francia la corriente de simpatía de que fué testimonio, como hemos visto, la conducta del gobierno británico en los asuntos de Oriente, pudiéndose esperar que la aproximación de los dos pueblos condujese á su formal inteligencia en las cuestiones internacionales. Por otra